

Federico Heinlein, Premio Nacional de Arte 1986:

“No Sé lo que Es Vivir sin Música”

AUN dentro de su expresión serena, de esa sobriedad que caracteriza su conducta, el músico Federico Heinlein refleja la sincera emoción que le ha causado el otorgamiento del Premio Nacional de Arte 1986.

“Fue un golpe de suerte”, responde a una de las numerosas personas que le hace llegar sus felicitaciones a través del teléfono. Luego confiesa a Artes y Letras que el impulso decisivo para aceptar la postulación de su candidatura fue el deseo de ofrecer, “en el caso de resultar elegido”, este reconocimiento a su esposa Inés Santander, que es como la columna vertebral de su vida.

Nació en Berlín, en 1912, y en plena infancia se trasladó con su familia a vivir a Buenos Aires, donde su madre creó la atmósfera apropiada para desarrollar su sensibilidad: “Incentivos tuve muchos —reconoce—, porque mi madre y todos mis hermanos tocaban instrumentos y hacían música. En cuanto al interés por componer creo que nació solo, entre los 6 y los 7 años de edad y mi primer estímulo fue una poesía a la que quise poner música”.

No tuvo problemas vocacionales. Al terminar sus estudios en el Colegio Alemán, en Buenos Aires, y rendir el bachillerato, partió a Alemania donde ingresó a la Universidad Friedrich Wilhelm de Berlín para completar luego su formación musical en el prestigioso Conservatorio Stern. El resto es algo que sigue conquistando diariamente con disciplina y estudio, todos los días.

Compositor, docente, crítico, buen lector de poesías, dice: “Hay que trabajar mucho para hacer rendir el día, sobre todo si uno quiere hacer cosas tan privadas como componer música”.

—¿Cuál es su estado de ánimo ante la perspectiva de un concierto más después de haber escuchado tantos?

—La música me interesa de tal manera que es muy raro que un concierto no me ofrezca algo nuevo. Siempre trato de poner la máxima atención e interés en lo que oigo. Personalmente no sé lo que es vivir sin música. Aunque viaje un mes, sin escuchar ni siquiera la radio, la música está dentro de mí. Esto probablemente es el mayor tesoro que puede tener un ser humano. Imagínese, llevar la música más linda del mundo dentro de sí. Y mi experiencia me indica que para llegar a esto hay que fomentar la musicalidad y el oído desde muy temprano.

—Siendo así ¿cree que la educación chilena debería replantearse su posición con respecto a la escasa importancia que otorga a la asignatura de Educación Musical en los actuales planes de estudio?

—Sí, ya lo creo. Ha sido un crimen dejarla como asignatura optativa. Además es necesario preocuparse, de acuerdo con la explosión demográfica producida en Chile, de capacitar más profesores para enseñar música. Pienso que todo lo que se puede hacer para acercar la gente —mientras más joven mejor— hacia la música siempre será poco.

—¿En qué medida considera que el público chileno ha avanzado en la aceptación de la música contemporánea durante los últimos años?

—Creo que ha habido una evolución favorable enorme en el público chileno en los últimos veinte años. Esto se debe en gran parte a la programación de las orquestas y a las radios que, por lo menos no le hacen asco a la música moderna y también a que se ha conquistado a una parte de la juventud, que constituye un factor cada vez más importante en las salas de concierto. Hay que pensar que este es el público del futuro.

—En la literatura y en la plástica se habla de ciclos ricos y ciclos estériles en cuanto al surgimiento de talentos. ¿Cómo ve usted el panorama musical chileno en este momento?

—Estamos en un ciclo rico, de grandes promesas, porque uno ve entre los jóvenes, menores de 40 años, enorme cantidad de talentos y muy diversificados. Da un placer inmenso ir a un concierto donde se ejecuta pura música chilena actual y apreciar la gama de talentos que hay.

—A propósito de bien dotados ¿qué opina de la presentación del director Max Valdés y el pianista Alfred Perl reunidos en la actual Temporada de la Orquesta Filarmónica?

—¡Fascinante! A los dos los aprecio enormemente y encuentro maravilloso que puedan tocar juntos. Es algo lindo, verdaderamente lindo.

Aunque posee una sólida reputación como crítico del diario “El Mercurio”, su sentido de ecuanimidad lo obliga a revisar los alcances de su labor permanentemente. Así, en relación al rol de la crítica, dice: “No tengo ninguna idea preconcebida al respecto. Ejercicio la crítica, no en el sentido en que generalmente se entiende la palabra crítica, sino como una información lo más objetiva posible y ojalá informativa también en un sentido didáctico. Escribo mis impresiones y doy muchas veces una opinión, pero no tengo nunca el afán de enfatizar en lo negativo. Me gusta ponderar los valores de la obra y su interpretación cuando me parece justo”.

—¿Se siente en ocasiones agobiado por la responsabilidad que significa emitir un juicio, que a la postre resulta bastante definitivo, considerando que la crítica es muy escasa en Chile?

—Agobio no siento nunca, pero la conciencia de esta responsabilidad está siempre presente, detrás de todo lo que escribo.

—¿Y cómo logra desdoblarse para aplicar el sentido crítico cuando se trata de su obra?

—Es muy difícil opinar sobre sí mismo, pero el hecho es que tengo condenadas al olvido una cantidad grande de obras.

Chile fue un amor a primera vista

Hace 46 años, “una afortunada casualidad” lo trajo por primera vez a Chile: “Yo era muy amigo de Erich Klaiber, el director de orquesta con el que trabajé durante cinco años en el Teatro Colón, de Buenos Aires. Justo cuando se estaba formando la Orquesta Sinfónica, bajo el alero de la Univer-

sidad de Chile, los Klaiber me invitaron para venir con ellos y sin saber prácticamente nada de Chile llegué aquí. Bueno, entonces descubrí esta maravilla y me quedé, porque nunca me he sentido tan en mi casa, tan en mi patria, como en este país que me era casi desconocido... Fue un amor a primera vista”.

Entre el artista y el país se produjo ese extraño fenómeno de empatía que Goethe ha descrito como “afinidad electiva”. Uno y otro se aportaron sus valores más altos. Con Federico Heinlein tomó la nacionalidad chilena y ha entregado sus conocimientos a través de la docencia, su experiencia por medio de la crítica, su sensibilidad en las 52 obras que contienen la expresión de sus más íntimas vivencias.

Chile le ha demostrado su reconocimiento de maneras sutiles y en forma oficial. Le ha otorgado la Orden al Mérito Docente y Cultural Gabriela Mistral y ahora el Premio Nacional de Arte: “Me ha aportado todo lo que tengo —declara él— y el afecto es recíproco. Chile me ha dado todo. Su gente, su paisaje, su idiosincrasia y la mujer maravillosa con la que estoy casado”.

—Este año se produjo una suerte de polémica en torno al Premio Nacional de Arte, mención Música, cuando sectores partidarios del folklore reclamaron una opción. ¿Cuál es su opinión respecto a este tema?

—Yo estimo mucho el folklore y no es necesario confundirlo. Debería haber dos premios, porque el folklore es una expresión muy estimable. Yo soy gran admirador de Margot Loyola y se lo he manifestado siempre que he tenido la oportunidad de hacerlo. Creo que ha hecho una labor valiosísima para la conservación de nuestro patrimonio, además de ser una artista muy dotada. Pienso que hay que reconocerla y que merece todos los honores.

—Objetivamente hablando, ¿cree usted que la música de los compositores chilenos ha sido, en general, injustamente postergada?

—Sí, creo que ha sido así por falta de conocimiento y veo con alegría que esta situación parece mejorar de año en año. Naturalmente esto tiene que ir de la mano con la calidad, pero considero que hay muy buenos compositores chilenos.

—Usted pasó un período bastante largo, de varias décadas, sin que su música se tocara. ¿A qué razones atribuye hoy este hecho?

—En realidad se tocaba poco. En primer lugar porque yo era tímido. En segundo lugar, nunca he aspirado a la fama y la compañía para mí mismo. Fue un período tal vez demasiado largo, de recogimiento interior en mis búsquedas, durante el cual no sentía la imperiosa necesidad que sienten otros artistas de comunicarse con el mundo. Después que superé esa etapa he tenido mucho gusto en que toquen y canten mi música.

—En 1985 usted fue el compositor chileno cuya música más se tocó. ¿Cree que en la vida de un hombre que siembra siempre llega un tiempo para cosechar?

—No siempre, desgraciadamente, como dice la Biblia ¿no? Hay muchos granos que caen en suelo infértil. Es una



suerte que una simiente crezca. Hay casos en que el creador no tiene esa fortuna.

—¿Cómo podría explicar la emoción que siente cuando se estrena una obra suya?

—Bueno, me pongo muy nervioso y terriblemente tenso como todos los compositores —expresa riendo—. Pero la máxima emoción está en la creación de la obra, no tanto en tocarla. La música es algo abstracto, entonces imaginarla y ese laborioso proceso de ponerla en el papel es probablemente lo más emocionante.

—¿La noche suele ser una buena aliada para resolver los problemas técnicos que se presentan en el proceso de componer?

—¡Es una aliada inapreciable! En todo trabajo que es técnico como componer, surgen problemas aparentemente insolucionables o se siente que no se avanza y eso hace que uno tenga el sueño más liviano y entonces vienen las soluciones solas. Parece que hay en la noche una maquinita interior que resuelve el problema y es una maravilla. Lo malo es que uno a veces se olvida del día siguiente.

—¿Cuáles son los compositores con los que siente mayor afinidad?

Piensa un rato en silencio. Una vez más emerge en él su condición de hombre justo: “Aprecio muchos compositores de distintas épocas —responde—, pero si tuviera que escoger tres, elegiría a Mozart, Stravinsky y Anton Weber. Pero es una suerte no estar obligado a escoger y poder escuchar a los cientos de músicos maravillosos que existen”.

Sonia Quintana